

## **La autenticidad inexplorada: de los mass media a los self-media**

Autor: Jordi Farré Coma, profesor de comunicación de la Universidad Rovira i Virgili (URV)

### **Presentación**

Si tomamos como lugar común la cuantía y la calidad de las transformaciones experimentadas en todos los ámbitos de la vida social centrándonos en las innovaciones comunicativas, a nadie puede extrañar que nuestra propuesta se plantee como un retorno a los clásicos del pensamiento comunicativo. Existen múltiples razones por las que la revisitación de viejas ideas puede sernos enormemente útil en unos tiempos de ruptura como los actuales. En primer lugar, esta recuperación nos permite evitar la excesiva fascinación por el presente. Pero, al mismo tiempo, nos facilita centrar las ideas clave que mantienen su vigencia y vigor a pesar del paso de los años. En el campo de la investigación en comunicación, suele ocurrir que la acumulación de los conocimientos se convierte en particularmente difícil de sustentar. No obstante, las regularidades de la historia deben ayudarnos a enmarcar aquello que de otra manera nos puede parecer inexplicable.

La ocultación de la tradición pragmatista de la comunicación conllevó la simplificación del proceso en el establecimiento de representaciones simbólicas mediante las cuales los individuos pudiesen orientarse moralmente hacia el conjunto de la colectividad. La comunicación constituía un principio ético mediante el cual superar los obstáculos derivados de la expansión de la experiencia. Los medios de comunicación en formación ofrecían la oportunidad para ampliar el aprendizaje, la capacidad para aceptar y trascender lo particular. Ciertamente en la lógica pragmatista se alimentaba el optimismo respecto a las energías reformistas para reconstruir una vida pública democrática, subrayando el potencial democrático de los medios de comunicación pública.

Por exigencias de brevedad y focalización en la discusión, proponemos recuperar el pensamiento pragmatista, esencialmente a través de John Dewey. Nos referimos a uno de los primeros filósofos que acometió la comunicación como prioridad en sus reflexiones, muy en consonancia además con el concepto de comunidad y con el gran debate dialéctico que subyace a la consolidación posterior de la teoría de la comunicación como campo de conocimiento, la articulación entre el individuo y la sociedad.

Como punto de partida, Dewey plantea en toda su complejidad la problematización del nexo entre comunicación y diversidad cultural. En sus términos, la inteligencia humana debe madurar con el experimento constante a la hora de resolver experiencias problemáticas. Estas experiencias deben asumir la imperiosidad del conflicto para guiarnos. Nuestra interrogación se configura por una situación inarmónica, llena de confusión. La inteligencia es el único instrumento que puede construir orden en la corrección de la experiencia. ¿Qué sucede con la ampliación y expansión de estas experiencias?. El problema no reside en cómo los individuos prepolíticos forman y se integran en las comunidades sociales, sino en cómo ciertos individuos desde el interior de las comunidades presuponen el florecimiento de su individualidad oponiéndola a la necesidad de vinculación social. La fórmula de gestión de esta problemática es central para la modernidad política, la relación social y la diversidad cultural.

### **El pensamiento pragmatista**

El pragmatismo americano ha sido tratado a menudo como una peculiar tradición local, muy alejada de las corrientes de pensamiento que constituyen el centro de la reflexión filosófica occidental. Entre los filósofos europeos el pragmatismo ha sido considerado habitualmente como un "modo americano" de abordar los problemas del conocimiento y la verdad, pero, en última instancia, como algo más bien ajeno a la discusión general. A pesar de lo cual el pensamiento filosófico pragmatista constituye una perspectiva básica anterior al denominado giro lingüístico, y vinculada también con la hermenéutica. Nos referimos ni más ni menos a un modo de pensar en acción. Antes de iniciar su análisis, debemos rehabilitar su significado como teoría del conocimiento, muy alejado de su uso peyorativo en el lenguaje cotidiano y de su mención maldita en amplios círculos intelectuales.

Paradójicamente, el término "pragmatismo" alude siempre a experiencia, pero de ordinario está ligado también a falta de principios, astucia, cinismo, o mera eficacia material. Sin duda, el pragmatismo lo peor que tiene es el nombre. Existe una enorme pluralidad de referencias a "pragmatismo". Y quizás los "pragmatismos" adjetivados puedan llevarnos a confusiones indeseables respecto a su centralidad filosófica. Entre otras razones, es por este desprestigio del término "pragmatismo" por lo que el "segundo" Wittgenstein que evolucionó a posiciones decididamente pragmatistas, rehusó denominarse a sí mismo "pragmatista". El propio Charles S. Peirce en los últimos años de su vida quiso desmarcarse a causa de los malentendidos a que

daban lugar tanto su uso común en términos de utilitarismo como el énfasis puesto por su gran difusor William James en los efectos prácticos de las acciones. De hecho, Peirce -a pesar de ser reconocido como fundador del pragmatismo- acuñó el término "pragmaticismo" para referirse a su propio sistema filosófico. No obstante, se trata aún de un nombre suficientemente feo y desprestigiado como para estar a salvo de secuestradores.

En términos sustantivos, con el pragmatismo se trata del rechazo frontal de la epistemología moderna y de sus dualismos simplistas que han distorsionado nuestra manera de comprender los problemas humanos: sujeto/objeto, razón/sensibilidad, teoría/práctica, hechos/valores, humano/divino, individuo/comunidad, estructura/acción y otros. Los filósofos pragmatistas no rehusan emplear esos términos, pero reconocen que se tratan de simplificaciones nuestras, que a veces pueden resultar prácticas, es decir, cómodas, pero que son distinciones de razón, más que de niveles ontológicos o clases de entidades distintas. Para los pragmatistas la filosofía no es un ejercicio académico, sino que es un instrumento para la progresiva reconstrucción crítica, razonable, de la práctica diaria, del vivir. En un mundo en el que la vida diaria se encuentra a menudo del todo alejada del examen inteligente de uno mismo y de los frutos de la actividad humana, los pragmatistas piensan que una filosofía que se aparte de los genuinos problemas humanos es un lujo que no podemos permitirnos.

Con el pragmatismo filosófico se reconoce también que la búsqueda de certezas incorregibles, característica de la modernidad, es un desvarío de la razón. Para el pragmatista la búsqueda de fundamentos incommovibles para el saber humano, típica de la modernidad, ha de ser reemplazada por una aproximación experiencial y multidisciplinar, que puede parecer más modesta, pero que muy probablemente sea a la larga más eficaz. El pragmatista no renuncia a la verdad, sino que aspira a descubrirla, a forjarla, sometiendo el propio parecer al contraste empírico y a la discusión con los iguales. El pragmatista sabe que el conocimiento es una actividad humana, llevada a cabo por seres humanos, y que por tanto siempre puede ser corregido, mejorado y aumentado. De esta forma se ve claro cómo el falibilismo está ligado al pluralismo, pues la experiencia humana acontece siempre de un modo plural. No encontramos la experiencia en abstracto, sino experiencias encarnadas. El pragmatismo es una filosofía que de salida reconoce esas diferencias y busca su articulación inteligente.

El pragmatismo clásico americano, en las figuras de Charles Sanders Peirce, William James, John Dewey, George Herbert Mead y otros, representa una reacción contra la excesiva

profesionalidad de la filosofía que se venía dando en la edad moderna. Excepto tal vez por Peirce, que más que el perfeccionamiento de la comunidad política buscaba el perfeccionamiento de la comunidad científica, los autores mencionados comparten una visión de la filosofía como una actividad enteramente volcada al perfeccionamiento de la vida social. Véase, si no, lo que escribía John Dewey en 1917, en "La necesidad de una recuperación de la filosofía": **"la filosofía se recupera a sí misma cuando deja de ser un recurso para ocuparse de los problemas de los filósofos y se convierte en un método, cultivado por filósofos, para ocuparse de los problemas de los hombres"**.

Lamentablemente la corriente pragmatista fue eclipsada en los Estados Unidos por el positivismo lógico y la filosofía analítica, que viene a ser la manera opuesta de concebir la actividad del filósofo. Esto se explica por circunstancias políticas concretas: el pragmatismo era una filosofía políticamente comprometida con el cambio social, y en los años 30, 40 y 50, la sociedad norteamericana se volvió muy temerosa de que esos cambios sociales degeneraran en comunismo.

La corriente pragmatista propuesta por Dewey se aparta de la visión metafísica y escolástica de Peirce cuanto a la existencia de una realidad en ella misma. El operacionalismo de Peirce es planteado por Dewey en términos de un procedimiento de verificación entendido como parte integral de un proceso en el cual los agentes humanos interactúan y asumen los problemas derivados del entorno, en un sentido práctico más bien que a través de problemas teóricos. Respecto a James cabe señalar su versión individualista en contraposición a la versión deweyana mucho más comunitarista.

“Y en este sentido, Dewey fue sin duda el más coherente de todos los pragmatistas americanos. Su pensamiento unifica en la praxis las principales aportaciones de los otros tres grandes pragmatistas: la lógica de la investigación de Ch. S. Peirce, la psicología de W. James y la teoría social de G. H. Mead”. (Esteban, 2001:166-7)

### **El pensamiento filosófico de John Dewey**

La complejidad del pensamiento de este filósofo, y sus encuentros y desencuentros con otros pensadores coetáneos, nos exige concentrar su análisis en una doble vertiente: por un lado, sus aportaciones en el campo de la educación y, por otro lado y en interdependencia, su contribución a la discusión en torno al liberalismo político y a la democracia.

Se trata de establecer la relación dialéctica que existe entre la virtualidad de la democracia liberal, en el sentido específico en que Dewey la entendía, es decir como un sistema político que confiaba en las potencialidades de la naturaleza humana para la vida en común, y el concepto de tolerancia (étnica, pero también religiosa y de costumbres), tanto dentro de la nación nortamericana como en las relaciones internacionales.

La visión crítica respecto a los sentimientos contrapuestos ante la democracia en algunos teóricos y dirigentes de los tiempos en que John Dewey se ocupó de temas relativos a la filosofía política (fundamentalmente, los decenios 20 y 30 del siglo XX) puede ser una buena piedra de toque para juzgar la encrucijada política en toda su trascendencia. El debate clásico que mantuvo con Walter Lippmann continua siendo paradigmático. La sensación de vértigo de la década republicana (1920-29) en que la economía crecía a un ritmo desenfrenado fue interpretada por Dewey, en *El público y sus Problemas* (1927), a través de una lúcida y razonable defensa de la democracia participativa que condujera, de una vez por todas, a la transformación de una gran sociedad en una gran comunidad.

Dewey identifica el concepto de comunidad con democracia que para su construcción requiere valores compartidos que se configuran por medios de la comunicación. Por ello la comunicación es la base de la comunidad. Además, con la comunicación se extrae y se amplía el horizonte de significado común (la cultura) del mismo modo que se promueve la participación a través del pensamiento público expandido. Aquellos que creen que la asociación significa pérdida de individualidad confunden que unidad no es equivalente a homogeneidad. La unidad se logra y se forja, no viene dada por adelantado. El ideal de la democracia es el ideal de la cooperación entre los individuos distintos pero conlleva formar parte de una comunidad con una finalidad común.

La comunicación es considerada fundamental para la democracia aunque no es suficiente superar obstáculos en la comunicación. La batalla se libra en las condiciones que la hacen posible, primeramente en la educación. La libertad de expresión por ejemplo se convierte en una expresión vacía a menos que el poder de pensar y hablar desde la inteligencia haya sido cultivado convenientemente. En esta línea argumental, la discusión deweyana nos acerca a la propia naturaleza de la democracia. Para ello utilizaremos como versión antagónica las contribuciones de Walter Lippmann a través de las cuales podremos entrar a evaluar el

enfoque que Dewey nos aporta sobre los medios de comunicación (fundamentalmente la prensa y la radio).

El debate entre estos dos autores tiene lugar en la década de los 20 del siglo pasado e implica la confrontación entre las obras de Lippmann, *Public Opinión* (1922) y *The Phantom Public* (1925), con las de Dewey, *The Public and its Problems* (1927) en particular, la cual, en cierto modo, debe considerarse como una respuesta alternativa a la planteada por Lippmann. En palabras del periodista podemos comprobar la crítica incisiva que plantea en torno a la teoría de la democracia:

“(...) En ausencia de unas instituciones y una educación que permitan presentar el entorno con tanto acierto, que todas las realidades de la vida pública se impongan a las opiniones egocéntricas, los intereses comunes escaparán en gran medida a la comprensión de la opinión pública y sólo podrán ser administrados por una clase especializada, cuyos intereses trasciendan el ámbito local. Por un lado, esta clase actuará en función de una información que no poseerán los demás y en situaciones que el público en general no podrá concebir y, por otro, sólo rendirá cuentas de hechos ya consumados, por lo que nos resultará virtualmente imposible exigirle responsabilidades.

La teoría democrática, al no admitir que las opiniones egocéntricas por sí mismas no bastan para procurar gobiernos satisfactorios, está en perpetuo conflicto con la práctica (...)” (Lippmann, 2003:253)

En otros términos muy distintos, Dewey defendía que la democracia era un proceso en desarrollo permanente y aún reconociendo los problemas de la democracia en 1920 esto no era excusa para abandonarla en manos de expertos científicos. No podía admitirse que el público no hubiera existido nunca sino muy por el contrario a pesar de su eclipse coyuntural cabría dirigirse hacia su reconocimiento pleno porque el público siempre mantiene el potencial para reformarse a sí mismo en cualquier circunstancia. El gobierno democrático arranca directamente del público y éste debe, en primer término, resolver el problema de desarrollar un sistema para la selección de sus representantes determinándoles sus responsabilidades y derechos. La base de la discrepancia radica en la identificación de los problemas de la democracia.

Para Dewey, y en respuesta a Lippmann, estos problemas no se deben a la imposibilidad del público sino al hecho de que las nuevas fuerzas en formación en la sociedad como la tecnología y el capitalismo han contribuido a reestructurar las relaciones humanas hasta el punto de hacer perder al público el sentido de sí mismo, su propia existencia social. Según Dewey el único propósito del gobierno es representar los intereses del público. En este

propósito la prensa es esencial para mantener al público en contacto con él mismo y con las acciones que los que gobiernan realizan en su nombre.

En sentido contrario, Lippmann afirmaba la imposibilidad de la prensa que debiera someterse a obtener las noticias por medio de un sistema de información que, a su vez, serviría de control sobre la misma prensa:

“Este es el único medio de atajar los problemas de raíz. Dado que los problemas de la prensa, como los de los gobiernos representativos, ya sean territoriales o funcionales, y como los de la industria, ya sea capitalista, cooperativista o comunista, se remontan a la misma fuente: al fracaso de los pueblos autogobernados a la hora de trascender su experiencia fortuita y sus prejuicios, que sólo podrá corregirse inventando, creando y organizando una maquinaria del conocimiento. El hecho de que estén obligados a actuar sin poseer imágenes fiables del mundo, explica por qué los gobiernos, escuelas, periódicos e iglesias apenas han corregido los fallos más evidentes de la democracia: los prejuicios arraigados, la apatía, su preferencia no por la gris realidad, sino por todo lo que es trivial, pero curioso, y su apetito por las barracas y terneros de tres piernas. Éste es el principal defecto inherente a las tradiciones de los gobiernos representativos. Personalmente opino que el resto de sus defectos se derivan de él.” (Lippmann, 2003:293)

Por el contrario, en la visión deweyana, la finalidad básica de las noticias no es principalmente informar sino hacer las ideas públicas, incluyendo los resultados de la investigación científica para estimular así el debate y el juicio según las necesidades e intereses de la comunidad. La prensa adopta el papel de ayudar en la determinación de aquello que será considerado como nuestra comprensión compartida del mundo social. Cabe acometer una especie de socialización de la inteligencia que haga posible el desarrollo de la democracia social. En el campo de la prensa un intento frustrado de llevar a la práctica sus ideas se truncó en lo que debía ser el diario Thought News, donde Dewey pretendía consolidar la larga tradición liberal de periodismo de opinión que quizá se remonte a Jefferson y Paine.

En el planteamiento de Dewey se reconocen las limitaciones de la persecución de los hechos bajo una doctrina basada en la ideología de la objetividad. Por el contrario, se destaca la importancia de la prensa en la formación y mantenimiento del público aunque no se muestra como en la realidad las propias reglas de organización de las empresas de comunicación privilegian los intereses sesgados de poder de sus propietarios y de aquellos que las controlan. Por ejemplo, Dewey defendía en un discurso pronunciado por la radio en 1934 que la radio podría servir como el más poderoso instrumento de educación social que el mundo jamás hubiese visto o, por el contrario, ser utilizado para distorsionar los hechos y desorientar la

mente del público. En verdad, mantenía que ese era uno de los problemas cruciales del presente, comprobar si la radio sería utilizada en favor del interés público y social.

En consecuencia, la respuesta a los problemas de la democracia continua siendo una mayor participación por encima del poder económico, los intereses gubernamentales o la manipulación de la opinión pública.

“Esta unilateralidad se ve acentuada por la trágica irrelevancia de la formación previa en los factores que realmente determinan la vida social. Apenas se recibe una preparación que fomente una capacidad de firme resistencia, de discernimiento crítico, o la visión y el deseo de canalizar las fuerzas económicas por nuevas vías.

Así pues, si he decidido hacer especial mención de la educación es porque ésta –en su más amplio sentido de formación de las actitudes fundamentales de la imaginación, el deseo y el pensamiento- está estrechamente relacionada con la cultura entendida en su sentido social global. Es porque la influencia de las instituciones económicas y políticas en la educación, según el último análisis, es aún más importante que sus consecuencias económicas inmediatas. La pobreza mental a la que da lugar una distorsión unilateral del pensamiento es, a fin de cuentas, mucho más importante que la pobreza en términos materiales (...)” (Dewey, 2003:145-6)

## **Comunicación y cultura**

**“Y quizá no exista mejor definición de cultura que aquella según la cual la cultura es la capacidad de ampliación constante del alcance y el ajuste de la propia percepción de significados” (John Dewey)**

En el planteamiento de Dewey no se puede aceptar que la filosofía deje las cosas como están por lo que mantiene una decidida vocación de intervención social, principal rasgo de su concepción de la filosofía como crítica de la cultura, como forma de vida. La crítica mediante la discusión es indispensable e inherentemente implica comunicación, compartir ideas y ponerlas en común. En este razonamiento el concepto de cultura se articula constitutivamente sobre la idea de lo social. Dewey pone el énfasis en lo social y en la subordinación de lo puramente individual.

La concepción más amplia de la cultura como ideal educativo se alcanza en el factor social implícito en la definición humanista. La cultura puede ser definida como el hábito mental que percibe y estima todos los asuntos por referencia a sus implicaciones sobre los valores y los



objetivos sociales. La experiencia se convierte en cultura, como un modo de conocer y unos modos de hacer.

Se trata de una consideración filosófica de primer orden: la cultura incluye lo material y lo ideal en sus interrelaciones recíprocas y, a diferencia del uso predominante de experiencia, cultura designa también en sus interconexiones recíprocas, la inmensa diversidad de los asuntos, intereses, preocupaciones y valores. En lugar de separar y aislar los muchos aspectos de la vida común, el término cultura los integra en su unidad humana y humanística- un servicio que el término experiencia ha dejado de prestar. Si la cultura es aquello que la sociedad comunica, para que la crítica de la cultura sea viable el ámbito de lo social, que es la categoría filosófica inclusiva, debe articularse a partir de las categorías de relación y comunicación:

**“La sociedad no sólo sigue existiendo por la transmisión, por la comunicación, sino en la transmisión, en la comunicación. Hay algo más que un nexo verbal entre las palabras común, comunidad y comunicación. Los hombres viven en una sociedad en virtud de las cosas que tienen en común, y la comunicación es el modo en que llegan a poseer esas cosas en común”.**

### **Democracia, liberalismo y participación**

En palabras de Dewey: “reducir la libertad a la libertad política puede llegar a acarrear la pérdida de esa misma libertad política”. Con esta advertencia se colige que la democracia civil está por encima de los procesos electores de la democracia política. Pero además el pragmatismo político de Dewey es una respuesta crítica ante la experiencia del desajuste entre las nuevas realidades sociales de la economía industrial y los ideales políticos tradicionales de la democracia americana.

La expansión económica generada por los avances tecnológicos plantea unas repercusiones sociales que no pueden defenderse en la combinación de una presencia económica con la ausencia política. La democracia dejaría de ser un factor de vertebración para formalizarse como un elemento de desintegración y desarraigo. Para luchar contra esta amenaza, Dewey propone una reconstrucción crítica de la democracia: revisar los fundamentos del liberalismo, ubicar los valores de libertad, igualdad e individualidad en un nuevo contexto y provocar el debate en torno a la participación social.

El liberalismo ha de asumir la responsabilidad de explicar claramente que la inteligencia es un haber social cuya función es pública y cuyo origen se concreta en la cooperación interpersonal. En este sentido, la prosecución de la libertad y la igualdad son condición necesaria pero no suficiente. De hecho, son inseparables de la idea relacional de fraternidad, igualmente ineludible para la comprensión del significado de la individualidad humana.

La fraternidad se refiere a la cualidad de relación de los seres humanos. La existencia humana se convierte en virtualmente imposible sin relación: el desarrollo de las capacidades individuales (libertad) depende del contacto con una amplia variedad (pluralismo) de pueblos, ideas y condiciones. Así tanto el modo o cualidad como la multiplicidad y variedad de asociación es importante. La libertad es imposible sin las relaciones humanas que son vastas y diversas como deben ser también fraternales. La fraternidad implica cooperación y relación en su sentido más completo. Idealmente significa la posibilidad de trabajar juntos para lograr una individualidad distintiva. Se convierte en la posibilidad de fortalecer el poder de asociación para hacer posible la cualidad de la existencia individual.

En términos de la discusión abstracta en torno a la teoría de la democracia, Dewey aporta una versión diferente a los modelos radicales del republicanismo y el procedimentalismo. El modelo maduro de la democracia de Dewey es una alternativa superior que concibe los procesos de la formación democrática de la voluntad como el medio racional, con los cuales una sociedad integrada cooperativamente intenta solucionar sus propios problemas.

En una constitución democrática se supone la libertad individual en el sentido de un desarrollo de la personalidad exento de coacción, el cual, bajo condiciones de igualdad de oportunidades institucionalizada, propicia el desarrollo de las capacidades y fuerzas a todo miembro de la sociedad que le permiten contribuir, en unión con todos los otros, en forma solidaria, convivir con las metas comúnmente compartidas.

### **La batalla por la autenticidad: de los mass media a los self-media**

La mediación de la experiencia altera radicalmente aquello que la cultura realmente es y la manera en qué es percibida. La creciente reflexividad en la modernidad tardía sitúa la identidad como proyecto en permanente configuración. La sociedad del riesgo en la cual habitamos está operando una reconstrucción cultural a través de la lógica mediática con el discurso del miedo como clave. En el marco de las circunstancias globalizadas de hoy, el ser-

en-el-mundo y el estar-con-los-otros incluyen también la conciencia de los riesgos y peligros de grandes consecuencias. El ambiente generado en los procesos de mediación, *Umwelt*, se constituye como un sistema de relevancias que estructura las vidas personales en los intereses de seguridad y reducción de ansiedad junto a los self-media, variando la definición de la autenticidad en el individuo moderno así como la comprensión del significado y el valor de la existencia y la coexistencia.

En el centro de esta transformación, la cuestión clave es cómo los seres humanos deben afrontar este mundo incierto existencialmente. El dilema existencial de la comunicación y los procesos de mediación actúan en la modulación de la fragilidad y solidez del ser humano y en la percepción de su bienestar en comunidad.

Sin embargo, la comunicación para una investigación existencial es un enigma en un sentido mucho más radical. La experiencia individual de una persona no puede ser transferida en su totalidad a otra persona, aunque si sea posible transmitir su significado. La experiencia vivida permanece en el ámbito privado pero su sentido, su significado, se convierten en públicos. La imaginación humana es esencial en este proceso. Sin imaginación, las visiones en nuestras mentes serían limitadas, pero con la imaginación podemos concebir cosas que nunca hemos experimentado.

Con toda probabilidad, quizás nadie ha experimentado nunca lo que podemos llegar a imaginar a veces. A pesar de ello, en el marco de la representación de la individualidad en la cultura de la modernidad tardía, la identidad personal se encuentra perturbada por la posibilidad de una inseguridad ontológica. Las tecnologías del siglo XX han producido un incremento exponencial de nuestra capacidad de relacionarnos pero al mismo tiempo han dificultado y facilitado la vinculación de nosotros mismos con los otros.

Los individuos acumulan experiencias en su propia comunicación y este fenómeno los convierte en únicos. La dimensión existencial de la comunicación trasciende el proceso social y configura el centro de la existencia individual. Un individuo es lo que el o ella es en comunicación y no exclusivamente en relación con los otros, requisito previo para cualquier participación en el proceso social, sino también con uno mismo. Esta aproximación

existencial y relacional incide en el terreno de la interacción personal como primer fundamento para el enriquecimiento a través de la comprensión mutua. La mediación de nuestra experiencia toma forma de experiencia mediatizada con la problemática de un sí mismo en perpetua inestabilidad en lucha por el acercamiento al otro.

### **Pragmatismo y representación de la diversidad**

- La representación de la diversidad se configura en la comunicación, en las relaciones sociales y políticas, y no puede ser comprendida sin asumir las vías problemáticas de acceso a través de las cuales se manifiesta en toda su fragilidad existencial.
- La modificación de los significados colectivos, o cultura, es alterada continuamente por las nuevas transformaciones de los significados y los hechos en la imaginación individual. Este proceso de reconfiguración hacia una nueva mediación o ajuste en la comunicación construye nuevos intentos para encontrar un terreno común compartido.
- La comunicación interpersonal es el cauce mediante el que se establece esa constelación de sentido. Por eso la verdad es lo más comunicable, por eso la verdad es liberadora, por eso la verdad es lo que los seres humanos nos entregamos unos a otros para forjar relaciones significativas entre nosotros.
- La defensa del pluralismo no implica una renuncia a la verdad o su subordinación a un perspectivismo culturalista. Mediante el contraste con la experiencia y el diálogo racional los seres humanos somos capaces de reconocer la superioridad de un parecer sobre otro.
- El papel central de los sujetos en acción subraya las posibilidades de transformación y reforma social desde una lógica pragmatista por encima de visiones marxistas aparentemente críticas que empobrecen y descuidan tales capacidades de reacción.
- La articulación del individuo en la sociedad es clave para la representación de la diversidad cultural, sin connotaciones de asimilación o integración. La importancia de las sociedades plurales debe ampliar la participación pública para dejar de escuchar el silencio de la alteridad.
- Si bien los medios de comunicación han sido vehículos esenciales en la ampliación de la representación de la diversidad, su papel protagonista en la generación y gestión del miedo y de las incertidumbres transforma el sistema básico de referencia sobre el que las vidas personales se constituyen en contraposición con los excluidos, con los que están fuera de la frontera, con los otros.

## Referencias bibliográficas

- Dewey, John (2003) (1929-30) *Viejo y nuevo individualismo*. Barcelona: Paidós.
- Esteban, José Miguel (2001) *La crítica pragmatista de la cultura: ensayos sobre el pensamiento de John Dewey*. Heredia, Costa Rica: Universidad nacional, Departamento de Filosofía.
- Honneth, Axel *La democracia como cooperación reflexiva. John Dewey y la teoría de la democracia del presente*.
- Lippmann, Walter (2003) (1922) *La opinión pública*. Madrid: Langre.